

Colocado de Amor

Te amo. Me pierdo. Me desbordo de amor. Soy una piedra que se derrite; tengo en la cabeza un fuego que se desboca, que devora al resto de los sentimientos. Y tú vas echando leña desde encima... ¿por qué me dejaste así? Ya lo sé, no puedes explicar por qué. Sabes que ha acabado, pero no puedes enumerarme causas. Son muchas, dices. De acuerdo, el tiempo va pasando y mi agonía parece que finalmente se ha convertido en un doloroso y constante malestar. Tal vez mañana sea solo una espina clavada bajo mi uña, pero ese día aún queda lejos, lo sé. Hasta entonces, necesito tenerte cerca. ¿Por qué no puedes entenderlo? No me temas, jamás te haría daño, lo sabes. Ni te lo he hecho ni te lo haré. Solo quiero soñarte, porque ahora no te tengo. Ya me has arrancado la realidad... ¿quieres también arrancarme el sueño? Me basta con observarte desde lejos, sólo tienes que ignorarme.

Es un poco como cuando voy al barrio rico a ver esos parques y mansiones, donde los camellos beben Dom Perignon y venden su mercancía en fiestas de pijos. En ese barrio hay jardines sin chutas, nadie se coloca en callejones oscuros. No es como en mi barrio, en donde tengo que conformarme con el hueco entre dos coches, o en el túnel de la vieja estación. Mi casa es la calle, y lo sé, pero tengo derecho a saber que alguien vive una vida a costa mía, la vida que me han robado. Tanta vida desperdiciada tiene que tener un sentido, un propósito; y tengo derecho a verlo con mis propios ojos para imaginar que soy yo el ladrón de miserables, que por lo menos alguien se aprovecha de mi desgracia.

Lo que siento contigo es parecido, pero no es culpa tuya. Hubo un tiempo en que te odié, pero ya no. Ahora todos los días me quedo esperándote en el parque que hay enfrente de tu casa, mirando fijamente la puerta de tu portal. Veo salir ancianas con la bolsa de la compra vacía, currelas con ropa de trabajo manchada y tantas veces vuelta a lavar, madres con niños y mirada agotada... y yo sigo ahí, esperando, inventándome las historias que les pasarán a todos tus vecinos, que ya para mí tienen hasta un nombre. A María, una anciana que siempre sale puntualmente a las 9.30 de la mañana de casa, un día de éstos le aparecerá un hijo perdido mucho tiempo atrás. La abrazará tiernamente, y se la llevará de ese barrio desgastado a vivir con él a un barrio del centro: modesto pero limpio y seguro. Y le presentará a sus nietos, que abrazarán a su abuela y conseguirán que a ella se le salten las lágrimas. Luego también está Paco, el currela cincuentón que baja siempre el primero, a las 8 de la mañana. Un día de éstos le va a pasar que conocerá al amor de su vida: una mujer que desarmará esa mueca de dureza que siempre saca del portal por las mañanas, y entonces le brotará una gran sonrisa que desarmará a

todos los que se crucen con él en ese barrio que ya perdió toda esperanza hace mucho tiempo. O también está Susana, la madre de los tres críos, que siempre avanza mirando al suelo. Mañana encontrará un billete de lotería ganador, que se gastará en una bonita casa y en ropas nuevas para sus hijos. Y abandonará al cerdo de su marido, que estoy seguro de que la golpea, porque todos los días saca algún golpe nuevo en la cara... Y es que cuando estoy ahí esperándote, aún no me he metido mi primer chute del día, así que aún puedo imaginar vidas en las que no estás tú. Y así, mas tarde o mas temprano, siempre acabas saliendo por esa puerta. Tienes un aspecto agotado, en tu rostro destacan las ojeras, grabadas a fuego por la vida que te ha tocado vivir...

Pero nunca nadie observó el objeto de su deseo con tanta ansia. No es simplemente que te mire, sino que devoro tus detalles con el ojo clínico de quien sabe donde observar. Mis manos se contraen al recordar el contacto de tu piel, y cuando doblas la esquina y ya no puedes verme voy hasta tu portal y me introduzco dentro, para aspirar con fruición tu olor, que ha quedado allí suspendido. Cierro los ojos, y respiro hondo. Por todo esto siempre te espero para mi primera medicina. Necesito mis cinco sentidos para percibirte, y hecho ésto ya puedo meterme mi chute de amor y volverte a tener de nuevo. Te miro de lejos, no me hace falta más. Veo tu pelo largo y moreno y recuerdo su tacto suave en mi cara, cuando te sentabas sobre mí. Miro tu cuello esbelto e intuyo ese lunar que tantas veces he saboreado. Y sobre todo ese olor, robado entre las cuatro paredes desconchadas de tu portal: ese olor dulce, penetrante, que me recuerda el olor de las sábanas por las mañanas cuando vivía contigo. Aspiro con fruición y acaricio mi bolsita de los sueños felices.

Ahora ya estoy preparado, me voy de tu barrio. Normalmente escojo el túnel de la vieja estación, que no me pilla demasiado lejos. Me introduzco en esa oscuridad olvidada, ponzoñosa, a la que nadie salvo los yonkis se siente capaz de acercarse. Encuentro allí otros infelices, pero que están en una situación aún peor que la mía; y es que ellos no te tienen a ti para que llenes sus sueños. Saco mis útiles y me preparo la chuta: siempre pienso que esa puede ser la última. Un día de éstos mi corazón ya no podrá soportar tanto amor y no podré despertarme, y entonces lo único que lamento es el no poder despedirme de ti. Pero aún no ha ocurrido eso: siempre llega el momento en que me levanto y puedo volver a caminar de vuelta a tu parque, aunque es como si caminara introducido dentro de un globo de helio. La gente que camina a mi lado son burdas proyecciones de personas reales: no me molesta el chocarme con ellos, o el que me hablen en un lenguaje extraño. Ni les entiendo ni quiero entenderles. Están fuera de

mi mundo, de mi mundo de sábanas blancas, que comparto contigo todos los días aunque sólo sea en mi cabeza.

Y ahí estoy sumido en mis ensoñaciones: muchas veces me imagino salvándote. Por ejemplo, de repente tengo dinero, y tú puedes dejar la calle; porque yo te retiro y te mantengo. Y tengo un trabajo, y formamos una familia. O si no, uno de esos cerdos que manchan tu piel con sus sueños frustrados, se pone violento contigo, pero antes de que te llegue a hacer nada, aparezco yo como un héroe de película y le doy una paliza, y tú te das cuenta de que no deberías haberme dejado, porque yo te amo, porque yo vivo por ti, porque he nacido para protegerte.

Otras veces mis sueños son bastante más realistas: simplemente sueño que vuelvo a casa en un día normal cansado del trabajo, no se de cual, pero no importa; y entonces tú me abrazas cuando entro por la puerta. Siento tu presencia física, el calor de tu abrazo. Siento tu olor, puedo ver hasta el más mínimo lunar en tu piel. Lo único que me falla es el sonido de tu voz: hace ya tanto tiempo que no te escucho que casi lo he olvidado, así que no me dices ni una sola palabra, porque no hace falta. Simplemente me abrazas. Pero sí que recuerdo tu voz susurrada, esa voz que empleabas en la cama para contarme secretos. Esa voz aterciopelada, oscura, promesa de delicados placeres que ya nunca disfrutaré. Y me duermo en tus brazos mientras me meces suavemente. Y ahora sí, te pones a cantarme en susurros una vieja canción andaluza que te cantaba tu abuela para que te durmieras...

Y así pasan las horas, y poco a poco voy despertando de mi ensoñación. Cuando me siento lo suficientemente fuerte, me levanto y me voy al barrio de las putas. Mi camello anda cerca, y allí es donde consigo mis dosis en los días en los que tengo dinero. Compró lo suficiente para un nuevo colocón ahora, cuando vuelva a encontrarte; y para tener para mañana, cuando asista a tu despertar y salida de casa. Y con mi herramienta de sueños en el bolsillo, con mis chutes de amor, me voy cerca de la esquina de la calle en la que trabajas. A veces no estás, y te espero; pero otras sí que estás, y me siento a una distancia prudente, para no asustarte. Tengo muy buena vista, y aun así, lo que no veo, lo imagino. Y miro como otros hombres se acercan a ti, como susurran algo en tu oído. Y observo tu mirada: rechazo o aprobación. Cuando pasa esto último, le agarras del brazo y te lo llevas a la Pensión Paraíso, maldito su engañoso nombre. Y yo te sigo, rechinando los dientes, consumido de dolor, embargado de rabia... pero te sigo a distancia, te repito que no quiero asustarte. Solo estoy en este momento velando por ti. Te veo entrar en ese agujero, ya se cual es la habitación que

usas siempre. Subo por la escalera un rato después hasta el rellano de la segunda planta: siempre puedo colarme porque nunca hay nadie vigilando la entrada. Y allí sentado, pared con pared, me preparo mi nuevo chute. Casi siempre puedo oír los muelles de la cama, y alguna vez he escuchado tus gemidos fingidos. Yo se que son fingidos, porque tú nunca gemiste cuando hacías el amor conmigo. Eras silenciosa, etérea... el sexo contigo era como un sueño plácido, un retorno al hogar, una comunión de cuerpos. Nunca nada tan sucio como lo que pasa en el Paraíso. Pero esos gemidos falsos sí que me recuerdan otras cosas: intento evocar el tono de tu voz. Y entonces ya me meto mi chute de amor: me quedo en la oscuridad de la segunda planta, y estoy seguro de que tú ni siquiera me ves cuando entras y sales de la habitación con tus clientes.

Y es que estoy seguro de que he alcanzado un estado de invisibilidad cuando estoy en ese estado. De tanto quererte he desaparecido de este mundo físico, y navego por el espacio abierto tomado de tu mano, llorando de felicidad. Son lágrimas de sangre, lágrimas de dolor, pero también son lágrimas de alegría. Porque después de todo te tengo. Solo lo se yo, pero te tengo. Hasta el próximo chute. Hasta mi próximo sueño. Ya solo me resta esperarte mañana, sentado en mi banco del parque. Y comenzar de nuevo mi ciclo de vida: me creo y me destruyo en torno a ti. Colocado de amor. Colocado de ti.

